

Primera parte

Uno

Llegó una mañana temprano, cuando el sol se adivinaba por la claridad que subía desde el horizonte. Con la mochila al hombro y una valija en la mano, caminaba lentamente. Tenía el pelo revuelto, una mueca de disgusto en la boca y una barba nueva y morena que le ensombrecía el rostro. Los ojos, vidriosos, miraban como mira un muerto.

El pueblo apareció detrás de unos eucaliptos, como si la espesura se hubiera convertido, repentinamente, en una larga calle. Un par de casas, a cada lado, parecían formar una puerta de entrada al vecindario. A unos trescientos metros vio un mástil sin bandera. Más allá, un árbol, otro mástil y un rancho: el final del caserío, cuyos habitantes, a esa hora, dormían o se desperezaban frente a galletas mojadas en mate cocido.

Unos pasos más adelante, a su derecha, le llamó la atención un viejo edificio descolorido, que parecía una mezcla de supermercado ciudadano con tienda de turco contrabandista. La puerta de madera nunca había sido pintada. Sobre la vidriera, se destacaba una inscripción: *Farmacia Lema*. Se acercó.

Adentro, un hombre tomaba mates. A pesar del calor, vestía calzoncillos largos y camiseta de frisa. Era canoso y no se le distinguían las facciones, pero miraba hacia la ventana. Tenía la costumbre de contar los mates: decía que si se tomaban números impares era mala suerte y podía quedar tuerto. Por supuesto, jamás había tomado uno solo: seguramente hubiera terminado rengo. Lo cierto es que se asustó y no supo si vio al hombre junto a su ventana en el octavo o en el noveno. Era uno de los más antiguos pobladores de Colonia Perdida y conocía a todos sus habitantes, uno por uno.

—No es de acá —murmuró.

Dejó la pava y el porongo sobre el piso de ladrillos. Se pasó una mano por la frente y achicó los ojos para ver mejor. La figura se hizo más nítida: hasta le vio una pequeña cicatriz en la mejilla derecha. Se puso de pie y dio un salto hacia atrás. Se escudó tras el mostrador y tomó la escopeta que guardaba entre los papeles de envolver.

—Dieciséis de mierda —dijo—. Ojalá que me andés ahora.

Afirmó los pies en el piso y apuntó con la culata pegada al costado de su cintura. Pensó: “Si entra lo mato”.

Afuera, el recién llegado lo miraba sin verlo. Durante casi un minuto, los **dos hombres parecieron esperar, ventana de por medio**. Después, el forastero giró y se alejó hacia el centro de la calle, hacia el oeste.

El canoso se desconcertó. Arma en mano, corrió hasta la ventana y vio que el sol despuntaba a lo lejos y comenzaba a castigar las espaldas del desconocido. Lo miró: era alto, fornido, moreno y una larga melena le cubría el cuello.

Se preguntó cómo había llegado. A Colonia Perdida no conducían caminos ni vías de ferrocarril. Los aviones pasaban demasiado alto y seguían de largo. Una vieja picada desandaba larguísimas leguas de monte cerrado, cruzando esteros y riachos, hasta la ruta más próxima; de ahí a la capital había como cinco horas de viaje. Pero andar la picada podía requerir varios días de marcha.

Se preguntó, también, por qué había llegado. Y para qué. Colonia Perdida, en medio de las selvas más vírgenes del Chaco —ni tan al Norte ni tan al Sur pero más bien hacia el Norte—, era menos que un centenar de habitantes, una larga calle de tierra y casas dispersas a su vera.

—Malo —aseguró—, esto es malo.

Abrió la puerta y se asomó. El forastero caminaba por el medio de la calle; estaba a casi doscientos metros de distancia. Al mirarlo nuevamente, sacudió la cabeza. Era el primer extranjero en veintisiete años.

Dos

Atravesó la tranquera de molinete y se detuvo frente al árbol, un enorme y solitario quebracho. Más allá, tras los descuidados yuyos del patio, se levantaba una construcción rectangular, con techo de cinc a dos aguas y una galería en la que se destacaban las cuatro columnas de grueso urunday. Haciendo ángulo con el árbol y el viejo edificio, un mástil de tacuara tenía los hilos colgando. En la galería dormía un hombre, flanqueado por dos perros: uno blanco, lanudo y de cola corta, y otro marrón, gordo y de cola larga. La botella de vino parecía haberlos emborrachado a los tres.

Al fondo había un rancho cuadrado y pequeño que alguna vez había recibido una mano de pintura blanca. Sobre el techo de adobe crecían dos paraísos. Fue hasta allí y se detuvo frente a la puerta. Aplaudió tres veces.

—Quién es —preguntó una voz ronca, del otro lado.

—Antonio Oroño, el nuevo maestro.

Pudo escuchar el ruido que hacía el hombre al levantarse de la cama, ponerse un pantalón y calzarse unas chancletas. Cuando abrió la puerta, apareció un rostro ajado como una flor guardada entre las páginas de un libro. La cabeza era enorme y los cabellos reblancos. La nariz puntiaguda caía como un pico de carancho.

—Pase —dijo—, pase.

Adentro había un desagradable olor a encierro, a falta de sol, como si la transpiración de ese individuo estuviera suspendida en el aire.

—Puede llamarme Toño.

—Y yo soy Juan Palacio. Tome asiento. Ya me visto y preparo el café.

Toño se sentó en una silla de mimbre. El anciano se abotonó una camisa blanca y almidonada, encendió el calentador y puso la cafetera sobre la hornalla. Se ajustó el pantalón y se calzó unos viejos botines que le cubrían los tobillos. Cuando el café estuvo listo, llenó dos tazones, espantó las hormigas de la azucarera y se acercó.

—Sírvase, ché, está en su casa.

Toño revolvió el azúcar.

—No me esperaba, ¿no?

—Acá nunca se espera nada.

Bebieron en silencio. Después, el viejo preguntó cómo está Resistencia, hace mil años que no voy a la capital. Toño se lo dijo.

Se miraron durante unos minutos sin saber de qué hablar, hasta que Juan Palacio se dirigió a la puerta, la abrió, miró hacia el otro edificio y volvió a cerrarla. Se sentó en la cama.

—No piense que este pueblo es una porquería —afirmó—. Sólo un poco aburrido. Hay que conocer la idiosincrasia de la gente, entenderla, hacerse querer un poco y enseguida se los pone a todos en el bolsillo. Y si no es de mucho pensar y se hace menos mala sangre, lo va a pasar bien. No digo que yo no haya sentido el paso de los años, pero le aseguro que no es tan malo como estará pensando.

—Yo no pienso que sea malo. Pedí para venir.

—¡Pidió para venir! ¡Voluntariamente con su voluntad!

—Sí.

—¿Y por qué, si se puede preguntar?

—Me cansé de la ciudad. No me gustaba.

—Yo, en cambio, vine por error. Me anoté mal en el registro, y cuando me dijeron que mi destino era Colonia Perdida resultó que andaba sin plata. Como me ofrecían un trabajo, una casa y un sueldo...

Se pasó la mano por la barba. Estaba larga, como de tres días. Se arrellanó en la cama, recostándose contra la pared, y suspiró profundamente.

—Acá no hay Este ni Oeste —continuó—, ni Sur ni Norte. No hay diferencia entre que el sol salga o se ponga. No hay sobresaltos. No hay diarios. ¿Sabe la de cosas que no hay aquí? Eso sí: el que tiene radio se salva un poco.

Los tiempos cambian, se dijo Toño.

—Al principio me gustaba —siguió el viejo—, porque yo era un amante de la naturaleza, y acá hay mucha. Me sentaba todas las noches bajo el algarrobo y disfrutaba de esta paz, tomaba mates y hacía planes para cuando volviera. Hasta que un día vi que todo era igual, que estaba harto de la tranquilidad y que me olvidaba de los planes con la misma facilidad con que los hacía. Entonces empecé a ir al boliche y a sentirme cada vez más solo. Pedí la jubilación y rogué que no me la dieran. Pero ahora vino usted, Oroño, y yo me voy esta misma tarde.

Se levantó y abrió la ventana. Suspiró. Después se peinó frente a un espejo que había sobre una palangana.

—¿Y qué le parece el pueblo?

—Todavía no me parece nada.

El viejo levantó dos camisas del suelo y escondió las alpargatas debajo de la cama.

—Ser maestro es creer en Dios —dijo—. Lo que se dice un verdadero sacerdocio, ¿no?

—No.

—¿No? —lo miró, sorprendido—. ¿Cómo que no?

—No me parece que sea un sacerdocio. Ni me parece que uno deba creer en Dios por el hecho de ser maestro. Yo no creo en Dios.

—Uy, uy, uy, eso es malo, amigo, muy malo. En un pueblo como éste ser ateo no es aconsejable. Le sugiero que no lo diga. Acá la gente trata de creer más y más, como si fuera una obligación, como si así cada uno se mirara menos para adentro. La fe es una buena medicina, y Dios no es malo, Oroño, sólo un poquito olvidadizo. Al fin y al cabo todo el mundo le pide cosas y él no puede estar en todas partes. Alguien tiene que sufrir y pasarla mal, ¿no?

—Discúlpeme, pero no estoy de acuerdo.

—Ya lo sé. Pero quiero verlo de acá a un tiempo, cuando se sienta solo como un terrón en medio del campo. Ya va a cambiar.

—Hábleme de la escuela, ¿quiere?

—Hay poco que decir. Son cuarenta y dos chicos en el único turno, de mañana. Y cuatro o cinco que vienen de tarde, pero porque si no yo me aburro. Están todos juntos para los siete grados. En general son buenos, pobres, flacos, brutos, pero... No es importante que aprendan gran cosa. Ninguno va a estudiar a Resistencia.

—¿Por qué?

—Porque nadie sale de Colonia Perdida. No hace falta: los chicos hacen lo mismo que sus padres. El hijo de hachero será hachero. El de padre cosechero será cosechero. Y heredan también la miseria. El pueblo está ordenado así.

—¿Y el resto de la gente?

—Hay de todo. Ya los va a conocer.

—¿Pero qué hacen, de qué viven?

—Acá se trabaja cuatro meses en las cosechas y todo el año en el obraje. Y están el cura, el bolichero, el tendero, el farmacéutico, el almacenero, el intendente y los administradores. Nada más. La gente no hace nada y ésa es su virtud. O hacen que hacen cosas, pero como cada uno conoce más las limitaciones ajenas que las propias, todos se resignan y se aceptan así: tratan de vivir lo mejor posible y morirse lo más tarde que se pueda. No me dirá que no es una buena filosofía, ¿no? Acá no hay gente mala. Los malos están muertos o aquietados.

Se escuchó una campana. El viejo se puso de pie.

—Venga que lo voy a presentar. La campana la toca Nicasio todos los días cuando calcula que son las siete y cuarto. Lo habrá visto durmiendo en la galería con sus perros. Es un borrachín que un día se quedó aquí y desde entonces toca la campana, corta el pasto y trata de aguantar cada día ese día. Hay que tratarlo como a un portero y se siente feliz... Y a usted, ¿qué le dio por venir a Colonia Perdida?

—Vine nomás.

—Claro —dijo el viejo—. Yo también vine nomás. Hace cuarenta y cuatro años.

Tres

Ahora ambos caminan mientras un grupo numeroso de niños los observa en silencio. Miran el monte que está ahí nomás. Toño hace un comentario sobre el paisaje, que es muy gris, y el viejo está de acuerdo en que es una lástima que el polvo lo cubra todo, pero acá el clima es así y el verano es eterno y uno se acostumbra, ya lo va a ver, y eso es lo malo: acostumbrarse.

Juan Palacio dice estar convencido de que por más que uno se resista, a la larga termina adaptándose y se resigna. Los hombres resignados son como las líneas rectas, no tienen perspectiva. Entonces uno se achata, se recuesta en su propia soledad y acaba despreciando a la gente, al pueblo, a uno mismo. Es que uno se contradice y se traiciona permanentemente: justo cuando va a decir se acabó, planto y me voy, decide esperar hasta mañana. Y mañana se convence de que no está tan mal como está. Y lo peor es que, siempre, cuando uno se da cuenta ya es tarde.

Toño no lo mira. Siguen caminando.

—Qué quiere que le diga. Me cuesta entender que haya venido por su voluntad. Parece tan joven. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta?

—Treinta y uno —sonríe, mira al viejo a los ojos—. Pero qué ganas tiene de quedarse, ¿eh?

—¿Qué? ¿Que yo?...

—Sí, claro, usted. Tiene unas ganas locas de quedarse.

Juan Palacio frunce el ceño, pateo un terrón y suelta una risita forzada.

—Puede ser —dice—. Pero usted ya vino y los dos no cabemos.

Cuando llegan a la galería, Toño mira hacia el pueblo: hay un sulky detenido a cien metros, una mujer con un bolso en la mano,

varios perros, dos chicas que barren la calle, un paisano a caballo. Después observa a los niños. Casi todos son muy pobres y bajo sus guardapolvos blanquisucios asoman ropas harapientas. Son caras angulosas, demacradas, casi adultas.

—Buenos días, alumnos —dice Juan Palacio.

—BUENOSDÍAS-MAESTRO —grita el coro de niños.

—A la enseña con unción.

Toño lo mira. Está seguro de que ninguno conoce el significado de esa fórmula. Pero los chicos giran las cabezas cuando empieza a escucharse “Aurora” en un viejo fonógrafo. Al pie del mástil de tacuara hay un gordito peinado a la gomina y un peticito con los zapatos lustrados. Izan una bandera desteñida y algo deshilachada, en un ambiente sin emoción, mientras la mañana se entibia lentamente.

Después, los niños entran al aula. Juan Palacio se dirige al hombre a quien Toño viera durmiendo en la galería.

—¿Están todos, Nicasio?

—Faltan dó. El de Luján y un Galínde.

Es un individuo sin edad, pequeño, enjuto y encorvado como el dedo meñique de una mano caída. Tiene la cara agrietada y cobriza, unos ojos que parecen dos agujeros de bala y una nariz enorme y roja.

—Nicasio —dice el viejo—. Este’s el nuevo maestro.

—Qué tal —dice Toño.

Se miran pero no se dan la mano.

—¿Y usted? —pregunta Nicasio.

—Me voy esta tarde —responde el viejo.

—No va volver.

—No, nunca más.

Entran al aula. Hay un cuadro de San Martín al frente, y otros dos, de Rivadavia y de Sarmiento, al fondo. En las paredes hay láminas con vacas, pampas, insectos y máximas. Debajo de San Martín está el pizarrón. Una ventana da a la galería. Otras dos, en la pared opuesta, dejan ver el monte. Juan Palacio mira a sus alumnos, uno por uno, detenidamente.

—Bueno muchachos —dice—. Yo me voy a la ciudad y se queda con ustedes el Señor Antonio Oroño, que acaba de llegar de Resistencia. Y entonces tenemos que despedirnos.

Toño juzga que es mejor no estar presente. El discurso promete ser sensiblero, y la sensiblería lo agobia.

Nicasio ceba mates en la galería. Los perros lo observan.
Toño se detiene junto al mástil y enciende un cigarrillo.
Al rato, Juan Palacio sale del aula, con los ojos brillosos.
—Qué lástima, carajo, qué triste. Nunca pensé que sería tan difícil.
Y camina presuroso hacia la casa, mientras una bandada de cotorras se anticipa a las nubes que avanzan trotando.
Toño lo mira indiferente.